

853

P.

PQ 4835

.I7

M382

---

Propiedad.  
Derechos reservados para  
todos los países de lengua es-  
pañola.

---

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO CÓVARRUBIAS

---

IMPRESA ELZEVIRIANA, SEVILLA, 2-VALENCIA

UNO, QUE HA MUERTO EN LA  
FONDA...

Ciento cincuenta alojamientos, en tres pisos, en el sitio más populoso de la ciudad. Tres filas de ventanas todas iguales, con rejas de antepecho y vidrieras y persianas grises, cerradas, abiertas, entreabiertas, encajadas. Asquerosa fachada. Pero si no lo fuese, quién sabe el efecto curioso que harían estas ciento cincuenta tabaquerías, cincuenta a cincuenta unas sobre otras, y la gente que allí se mueve dentro, a mirarlas desde fuera. Basta. La fonda no es de lujo, pero todavía decente y muy cómoda; ascensor, numerosos camareros, esbeltos y bien disciplinados, buenas camas, buen trato en el comedor, servicio de automóvil. Algún parroquiano (más de uno) se lamenta de pagar demasiado; todos, empero, al fin, reconocen que en otras fondas, si se gasta menos, se está peor y no se tiene la ven-

taja, que se desea, de alojarse en el centro de la ciudad. De las lamentaciones acerca del precio el fondista puede, por tanto, no preocuparse y responder a los descontentos que vayan a otra parte. La fonda está siempre llena de viajeros, y algunos, a la llegada del vapor todas las mañanas y de los trenes durante el día, es lo cierto que si se van a otra parte, no es porque lo deseen, sino porque allí no encuentran acomodo.

Son en su mayoría viajeros de comercio, hombres de negocios, gente de la provincia que viene a despachar en la capital algún asunto, ya pleito judicial, ya consulta en caso de enfermedad; clientes de paso, en suma, que no duran más de tres o cuatro días; muchísimos llegan por la tarde para partir al día siguiente.

Muchas maletas; pocos baúles.

Un gran tráfico; un continuo ir y venir, que empieza desde la mañana a las cuatro y acaba después de la media noche. El mayordomo aquí pierde la cabeza. En un momento, todo lleno; un instante después, tres, cuatro, cinco alojamientos vacíos: se va el número 15 del primer piso; el número 32, del segundo; el 2, el 20, el 45, del tercero; y, en tanto, dos nuevos viajeros se han alojado ahora mismo. El que llega tarde es fácil que encuentre desocupada la habitación mejor del primer piso; mientras quien ha llegado un momento antes

ha tenido que contentarse con el número 51 del tercero. (Cincuenta son los cuartos en cada piso; pero todo piso tiene el número 51, porque en los tres falta el 17; desde el 16 se salta al 18; y quien se aloja en el número 18 está seguro de no llevar consigo la desgracia.)

Aquí están los antiguos parroquianos a quienes llaman por su nombre los camareros, y que tienen la satisfacción de no ser para ellos, como todos los demás, el número de la estancia que ocupan; gente sin casa propia, gente que viaja todo el año, con la maleta siempre a la mano, gente que está bien en cualquier parte, pronta a todo evento y segura de sí.

En casi todos los demás hay una impaciencia rabiosa o un aire extraviado o una consternación ceñuda. No están ausentes sólo de su país, de su casa; están también ausentes de sí mismos. Así privados de los propios hábitos, alejados de los espectáculos y de los objetos conocidos, en los que diariamente ven y tocan la realidad acostumbrada y mezquina de la propia existencia, ahora no se encuentran ya, no se conocen ya; todo está como detenido en ellos, y suspendido en un vacío que no saben cómo rellenar, en el cual cada uno teme que puedan, de un instante a otro, presentárseles visiones de cosas desconocidas o sugerírseles pensamientos, deseos nuevos de una mezquina, extravagante curiosidad que

les hagan ver y tocar una realidad diversa, misteriosa, no sólo en torno a ellos, sino también en ellos mismos.

Despertados demasiado pronto por los rumores de la fonda y de la calle que está debajo, se lanzan a despachar con gran prisa sus negocios. Encuentran todas las puertas todavía cerradas: el abogado hasta dentro de una hora no baja a su despacho; el médico comienza a recibir a las nueve y media. Después, despachados los quehaceres, aturcidos, enojados, cansados, vuelven a encerrarse en su estancia con la desazón de las dos o tres horas que anteceden a la salida del tren; pasean, soplan, miran la cama, que no les invita a tenderse; las poltronas, el canapé, que no les invitan a sentarse; la ventana, que no les invita a asomarse. ¡Cuán extraño es aquel lecho! ¡Qué forma tan curiosa tiene aquel canapé! Y aquel espejo allí, ¡qué horror! Todos a un tiempo se acuerdan de un encargo olvidado: la maquinilla para la barba, las ligas para la señora, el collar para el perro; tocan la campanilla para preguntar al camarero direcciones e informaciones.

—Un collar de perro, con la medalla así y así para hacer grabar el nombre.

—¿Del perro?

—No, el mío, y las señas de la casa.

No entienden de todos los colores los camareros. ¡La vida entera pasada allí, la vida sin

descanso, movida por tantas vicisitudes, excitada por tantos menesteres! Hay abajo, por ejemplo, una pobre señora anciana, de luto, que quiere saber de todos, que pregunta a todos, sin resultado, *si por mar no se sufre*. Ha de ir a América, y no ha viajado nunca. Ha llegado ayer tarde, rendida, apoyada de un lado en un hijito y de otro en una hijita, ambos también de luto.

Particularmente los lunes por la tarde, a la hora de las seis, el fondista querría que en el *bureau* se supiese con precisión de cuántos departamentos se puede disponer. Llega el vapor de Génova, con la gente que repatría de América, y simultáneamente, del interior, el tren directo que más cargado viene de viajeros.

Ayer tarde, a las seis, se han presentado al *bureau* más de quince forasteros. No se ha podido dar colocación más que a cuatro en dos únicos departamentos: esta pobre señora de luto con el hijo y la hija, en el número 12 del segundo piso; y, en el número 13 de al lado, un señor desembarcado en Génova.

En el *bureau* el mayordomo ha inscrito en el registro:

*Señor Pérsico (Juan), con madre y hermana, procedentes de Vittoria.*

*Señor Funardi (Rosario), empresario, procedente de Nueva York.*

Aquella anciana señora ha tenido que sepa-

rarse con dolor de otra familia, compuesta como la suya de tres personas, y con la cual había viajado en tren, habiendo sabido por la misma la dirección de la fonda. Tanto más dolorida está cuanto que se ha enterado de que dicha familia hubiera podido alojarse en el cuarto de al lado, si el número 13, un minuto antes, tan sólo un minuto, no hubiera sido asignado a aquel señor Funardi, empresario, procedente de Nueva York.

Viendo a su anciana madre llorar cogida al cuello de la señora compañera suya de viaje, ayer tarde el hijo ha querido hacer la prueba de llevar al señor Funardi el ruego de que ceda a aquella otra familia su cuarto. Lo pidió en inglés, porque también él, el jovencito, es un *americano*, vuelto en unión de su hermanita de los Estados Unidos apenas hace cuarenta días, a consecuencia de una desgracia: por la muerte de un hermano que mantenía en Sicilia a la anciana madre; ahora vuelve al lado de ésta y con la hermanita, para siempre. La anciana madre llora; ¡ha llorado tanto, todo el largo viaje en el tren, que ha sido en sesenta y seis años su primer viaje! Se ha separado, destrozada el alma, de la casa donde ha nacido y envejecido, de la tumba reciente de su hijo, con el que ha permanecido sola tantos años, de los objetos más queridos, de los recuerdos del país natal, y ahora, viéndose en el trance de separarse también de Sicilia, se

agarra a todo y a todos: ayer tarde se había abrazado a aquella señora y no quería soltarla.

El señor Funardi no ha querido ceder. Ha centestado que no, con la cabeza, sin palabra alguna, después de haber escuchado el ruego del joven en inglés: un no de bravo *americano*, con las espesas cejas fruncidas, en la faz hinchada, amarillenta, erizada de barba incipiente, y ha subido en el ascensor al número 13 del segundo piso.

Por más que han insistido hijo e hija, no han conseguido convencer a la anciana madre de que tome ella también el ascensor. Cada invento mecánico le infunde espanto, terror. ¡Y pensar que ahora debe ir a América, a Nueva York! Pasar tanto mar, el Océano... Los hijos la exhortan a estar tranquila; le dicen que por mar no se sufre; pero ella no se fía; ¡ha sufrido tanto en tren! Y pregunta a todos, cada cinco minutos, si es verdad que por mar no se sufre.

Los camareros, las camareras, los mozos de cuerda, esta mañana, a fin de quitársela de encima, se han puesto de acuerdo para aconsejarle que se dirija al señor del cuarto número 13, inmediato al suyo, que ha desembarcado tan recientemente del vapor de Génova, de vuelta de América. En efecto, él que ha estado tantos y tantos días en el mar, que ha pasado el Océano, él muy bien, y ninguno

mejor que él, le podrá decir si por mar se sufre o no se sufre.

Pues bien; desde el alba—porque los hijos han salido a retirar los equipajes de la estación y se han puesto en movimiento para hacer algunas compras—, desde el alba la anciana señora abre su puerta tímidamente de cinco en cinco minutos, y saca la cabeza para mirar la puerta de la estancia de al lado, a fin de preguntar al hombre que ha pasado el Océano si por mar se sufre o no se sufre.

A la primera luz difusa y lívida que entra por el ventanuco del extremo del triste corredor, ha visto la anciana dos largas filas de botas, a derecha e izquierda. Delante de cada puerta un par. Ha visto que cada vez que se asomaba habían aumentado los huecos en las dos filas; ha sorprendido más de un brazo que se extendía de esta puerta y de aquella y retiraba el par de botas que tenía delante. Por fin, todos los pares han sido retirados. Sólo aquél de la puerta de al lado, precisamente aquél del hombre que ha pasado el Océano y del que ella tanto empeño tenía en saber si por mar se sufre o no se sufre, hélo allí todavía.

Las nueve. Han pasado las nueve; han pasado las nueve y media; han sonado las diez; aquellas botas, allí todavía, siempre allí. Solo, único par abandonado en todo el corredor, ante aquella sola puerta de allí al lado, todavía cerrada.

Muchos ruidos se han producido por aquel corredor, mucha gente ha pasado, camareros, camareras, mozos de cuerda; todos o casi todos los viajeros han salido de sus cuartos y muchos han entrado en ellos; todas las campanillas han sonado, siguen de rato en rato sonando, y no cesa un momento el sordo zumbido del ascensor, arriba y abajo, de este y de aquel piso a la portería; quien va, quien viene; y aquel señor, sin despertarse aún. Vienen ya cerca las once; aquel par de botas está todavía allí, delante de la puerta, allí.

La anciana señora no puede resistir más; ve pasar un camarero; lo detiene; le señala aquellas botas:

—¿Cómo es esto? ¿Duerme todavía?

—¡Bah—dice el camarero alzando los hombros—, se conoce que estará cansado... ha viajado tanto!

Y se va.

La anciana señora hace un gesto, como diciendo—¡Uhm!—y retira la cabeza de la puerta. Poco después vuelve a abrir y saca de nuevo la cabeza para mirar otra vez con extraño sobresalto aquellas botas allí.

Debe haber viajado mucho verdaderamente aquel hombre; deben haber hecho en verdad mucho y mucho camino aquellas botas: son dos pobres botazas enormes, deformadas, descalcañadas, con los elásticos a ambos lados reventados, deshilachados: quién sabe qué de

fatigas, qué de penas, qué de cansancio por tanto camino...

Casi casi la anciana señora tiene la tentación de llamar con los nudillos a aquella puerta. Vuelve a retirarse a su cuarto. Los hijos tardan en regresar a la fonda. La ansiedad de ella crece de punto en punto. ¡Quién sabe si habrán ido, como le prometieron, a mirar el mar, para ver si está tranquilo!

Pero ahora, ¿cómo se puede ver desde la tierra si el mar está tranquilo? El mar lejano, el mar que no acaba nunca, el Océano... Le dirán que está tranquilo. Pero, ¿cómo creer a sus hijos? El solo, aquel señor de la estancia de al lado, podría decirle la verdad. Tiende la oreja; apoya la oreja en la pared por si logra percibir algún ruido de la parte de allá. Nada. Silencio. Pero ya es casi mediodía: ¿cómo es posible que duerma aún?

¡Calla!; suena la campana del comedor. De todas las puertas del pasillo salen los huéspedes que se dirigen a comer. La anciana señora se pega a la puerta para observar si hace impresión en alguno aquel par de botas que todavía está allí. No; nada; a ninguno choca; todos van por su camino, sin hacer caso. Viene un camarero a llamarla; los hijos están abajo, llegados ahora mismo; la esperan en el comedor. Y la anciana señora baja con el camarero.

En el corredor ahora no queda nadie; todas las estancias están vacías: el par de botas per-

manece esperando, en la soledad, en el silencio, delante de aquella puerta siempre cerrada.

Botas en pena.

Hechas para caminar, dejadas allí inútiles, tan estropeadas de tanto haber servido, parece que se avergüenzan y piden ser piadosamente quitadas de aquel sitio y retiradas al fin.

Al volver de la comida, casi al cabo de una hora, todos los viajeros se detienen, al fin, mediante la indicación llena de estupor y de miedo de la anciana señora, a observar el par de botas con curiosidad inquieta. Se nombra al *americano* llegado ayer tarde. ¿Quién lo ha visto? Ha desembarcado del vapor de Génova. Acaso la noche pasada no ha dormido... Acaso ha sufrido por mar... Viene de América... Si ha sufrido por mar, al atravesar el Océano, quién sabe cuántas noches habrá pasado insomne. Querrá reconfortarse durmiendo un día entero. ¿Es posible? En medio de tanta gritaría... Este es el punto a resolver...

Y el gentío crece en derredor de aquel par de botas delante de la puerta cerrada. Pero todos instintivamente se mantienen distantes, en semicírculo. Un camarero corre a llamar al mayordomo; éste manda llamar al fondista, y ambos, primero uno, luego otro, tocan a la puerta. Nadie responde. Se prueba a abrir la puerta. Está cerrada por dentro. Lllaman más fuerte. Silencio aún. No hay que dudar más. Es menester correr en seguida a avisar a la

comisaría; por fortuna está allí a dos pasos. Viene el comisario con dos guardias y un cerrajero; fuerzan la puerta; los guardias impiden la entrada a los curiosos, que empujan; entran el comisario y el fondista.

El hombre que ha pasado el Océano ha muerto, en una cama de la fonda, la primera noche que ha tocado tierra. Ha muerto en el sueño, con una mano debajo de la mejilla, como un pequeñuelo. Acaso de un síncope.

Tanta gente viva, todos aquellos a quienes la vida sin descanso junta aquí durante un día, movidos de los más opuestos negocios, impulsados por las más diversas necesidades, se apelonan ante una celdilla de colmena, donde una vida de improviso ha sido arrebatada. La nueva se extiende en toda la fonda. Acuden de arriba y de abajo; quieren ver, quieren saber, quién ha muerto, cómo ha muerto...

—¡No se entra!

Están dentro el juez y un médico forense. Por la hendidura de la puerta con el dintel—mirad, mirad—se entrevé el cadáver sobre el lecho—; mirad la cara... ¡huy!, qué blanca; con una mano debajo de la mejilla, parece dormir... como un pequeñuelo... ¿Quién es? ¿Cómo se llama? No se sabe nada. Se sabe solamente que vuelve de América, de Nueva York. ¿A dónde se dirigía? ¿De quién era esperado? No se sabe nada. Ninguna indicación aparece fuera de las cartas, que se le han

encontrado en el bolsillo y en la maleta. Empresario, ¿pero de qué? En la cartera, sólo sesenta y cinco liras, y unas pocas monedas sueltas en un monedero en el bolsillo pequeño del chaleco. Uno de los guardias acaba de colocar sobre la piedra de mármol de la cómoda aquellas pobres botas descalcañadas, que no caminarán más.

Poco a poco, por librarse de apreturas, empiezan todos a desfilarse, vuelven a sus cuartos, arriba al tercer piso, abajo al primero; otros se van a sus negocios, requeridos por sus necesidades.

Sólo la anciana señora, que quería saber si por mar se sufre o no se sufre, permanece allí, delante de la puerta, a pesar de los tirones que le dan sus dos hijos; permanece allí llorando aterrada por aquel hombre que ha muerto después de haber pasado el Océano, que también ella pronto, muy pronto, tendrá que pasar.

Abajo, entre las blasfemias y las imprecaciones de los carreteros y de los mozos de cuerda, que entran y salen de continuo, han cerrado en señal de luto el portón de la fonda, dejando abierto solamente el postigo.

—¿Cerrado? ¿Por qué cerrado?

—¡Bah! Por nada. Uno, que ha muerto en la fonda...



RÓMULO